

A LAS CINCO Y TREINTA Y CINCO

La residencia “Guindass” ofrecía hogar a dieciocho personas mayores de setenta años. Sus macizas puertas de madera los protegían del monstruo más salvaje que osase entrar, mientras que sus enormes ventanales les hacían sentir libres y admirar toda belleza que los rodeaba. Una residencia puede resultar un lugar triste para la mayoría, pero, ésta, a diferencia de las demás, producía un sentimiento tan acogedor con sus tenues luces y su suave música, que cualquiera podría elegirla como su hogar para despedir su paso por este mundo.

Yo escuchaba atentamente lo que me contaba el señor Montevilla mientras admiraba su despacho, moderno pero rústico, muy personal y cálido, como todo allí. Cuando les comenté a mis amigas mi ilusión por ser voluntaria, una de ellas me contó sobre este lugar, la élite entre la tercera edad. Su abuela tras años de lista de espera había conseguido un rincón en el paraíso, y por como lo describió, supe que estaba hecho para mí.

- ¿Me está escuchando joven? - me preguntó aquel canoso hombre achinando los ojos tras sus gafas de culo de vaso. Rondaría los sesenta y cinco, y por su aspecto me atrevería a decir que no era el dueño de todo aquello, pero por su ilusión, sí alguien que admiraba y creía en aquel sitio y su proyecto. Yo solo asentí con la cabeza y sonreí sin mostrar mis dientes para empezar a prestarle más atención. -Bien, como te decía, serán ocho meses con un horario de ocho de la mañana a tres de la tarde, sábados y domingos libres. La comida corre de nuestra parte, pero creo que no hace falta aclararle que al presentarse como voluntaria carece de sueldo.

- Sí, soy consciente de ello, de no ser así no estaría aquí. - le dije solemnemente.

- Bien, le podemos dar un informe de cada uno de los dieciocho internos para que así sea más fácil conocerlos si lo desea. – me comentó abriendo uno de sus cajones listo para entregarme un montón de papeles. Negué repetidamente, yo era más de un tú a tú y me apresuré a aclarárselo.

- Preferiría hacerlo personalmente, no estudiarlos como si de un examen se tratara. – dije de una forma clara. Pareció impactarle mi respuesta y lo apreció en la mueca que se dibujó en su cara. Sonrió, de forma condescendiente, tal vez pensando en que tarde o temprano me arrepentiría y volvería en busca de los informes, y me invitó a conocer la residencia antes de mi incorporación.

El lunes a las siete y cincuenta y dos ya estaba cruzando la puerta de la cocina para desayunar, encontrándome allí a seis señoras charlando alegremente en una mesa circular. Cuando una de ellas susurró algo, la risa escandalosa de otra se cortó y todas se giraron para mirarme fijamente. Sus miradas me recordaron a las del grupo de leonas a punto de atacar a una indefensa gacela como había visto en un documental la noche anterior. Pensé en mi corte de pelo, quizá demasiado juvenil, o en mis deportivas que dejaban mucho que desear. Pero entonces, me fijé en un señor muy curioso sentado en una esquina que concentraba toda su atención en un cuaderno sobre el que escribía, y vi en él la ruta de huida para esta indefensa gacela.

Un completo silencio fue lo que recibí por parte del hombre cuando me senté a su lado, y un chist cuando susurré un bajito “buenos días”. Parecía inmerso en los números y yo resultaba una molesta distracción, así que decidí observarlo y analizarlo mejor. Era muy bajito, metro cincuenta y cinco como mucho, y su forma de vestir me resultó cuando menos, graciosa y extraña para un señor de su edad, al parecer le gustaba combinar todo tipo de colores. Cuando al de un cuarto de hora, estaba a punto de rendirme, comenzó a tararear una canción que se me hizo muy conocida. Algo de Queen si no me equivocaba. Guiada por la emoción canté la primera estrofa y

A LAS CINCO Y TREINTA Y CINCO

eso captó su atención e hizo que cerrase su libro y juntase sus dos manos, llenas de anillos y pulseras, sobre la mesa.

- ¿Y tú quién eres? - me dijo de forma brusca. Le respondí con un escueto “una voluntaria” y él, deslizándose su silla hacia atrás, me soltó -Imposible, las personas voluntarias deben venir los jueves y domingos, te doy la oportunidad de irte antes de hablar con un superior. – mi cara era un auténtico poema, ¿no era la compañía lo que más necesitaban? Tragué saliva y nerviosa le expliqué que hacía allí. Él, tras pensarlo unos segundos, asintió y volvió a abrir su libro para seguir completándolo.

Una semana me llevó saber su nombre y su edad, dos semanas que me contase algo de su familia, un mes que me preguntase por la mía y un trimestre el hacerme su amiga. Descubrí que él vivía por y para las matemáticas, que no le gustaban los cambios y que le caracterizaban pequeñas manías que los demás internos no comprendían. Los miércoles comía comida japonesa, nunca un día que no fuese los miércoles; y los viernes, por supuesto, una película con palomitas a las siete y cuarto de la tarde. También descubrí que si hubiese aceptado la información que el señor Montevilla me ofreció, una palabra hubiese perseguido a aquel hombre. Una palabra extranjera que era el apellido de un tal Hans, y qué de haberla leído de antemano en los dichosos informes, me hubiera hecho juzgar las capacidades y comportamientos de mi nuevo amigo de forma diferente.

Siempre había sido una chica a la que le gustaban los retos, y como él era uno de los grandes, todo mi tiempo lo invertía en acompañarle. De una forma muy trabajada, conseguí enlazar los números y las fórmulas matemáticas con un instrumento musical, y así fue como le convencí de que aprendiese a tocar la batería. Muchos berrinches, quejas y alguna que otra mala palabra por esconderle su libro de sudokus fueron su primera respuesta, pero con un poco de chantaje y aceptando por completo sus condiciones, logré que aquello se convirtiese en un hobby para él. Y cada martes y jueves a las cinco y treinta y cinco, ni un minuto antes, ni un minuto después, unas baquetas se agitaban al ritmo del rock inundando de música la residencia. Su obsesión por alcanzar la perfección en todo lo que se proponía hizo que en un breve espacio de tiempo dominara con soltura el instrumento, por lo que decidí apodarle Ringo. Sorprendentemente esto no le molestó, incluso le ilusionaba mi cercanía y mi intento por conseguir la suya, aquella que quizá nadie durante toda su vida se había esforzado por obtener.

A mediados de un oscuro mes de marzo, a los voluntarios se nos prohibió volver por la residencia. No hubo previo aviso, fue todo tan repentino que ni siquiera me dio tiempo a despedirme de él. Mientras esperábamos poder volvernos a ver, Ringo y yo nos enviábamos cartas, pero a ninguno se nos daba bien lo de expresarnos por escrito. Varias veces el señor Montevilla contactó conmigo para felicitarme por el cambio que se había producido en uno de sus internos, lo cual veía imposible hasta que aparecí. Pero aquello no me reconfortaba en absoluto.

El día veintitrés de abril, cuando Ringo dormía y soñaba en álgebra, aquellas puertas de madera maciza que todo lo resistían, no aguantaron más, y un monstruo cruel y fuerte capaz de abrirse paso por cualquier lugar, inundó por completo aquel palacio tan hermoso que todo lo tenía. Como todas las demás residencias, se volvió un lugar triste, y ni los ventanales, que ya no dejaban pasar la luz; ni las tenues luces, con poco que alumbrar; ni la suave música, que cada vez se escuchaba más alta, sobrevivieron. Lo único que no cambió, que se mantuvo vivo, fue el sonido cada vez más solitario de una batería. Eso sí, los martes y jueves a las cinco y treinta y cinco.